SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 28 DE DICIEMBRE DE 2003
Turismo | 12

VILLA LA HERMOSURA

Villa La Angostura es más que hotelería de lujo en la Cordillera, es un centro que lo tiene todo para el verano: lagos, montañas, paseos, deportes, edificios históricos y hasta curiosidades únicas en el mundo

Fotos: Gentileza de Administración de Parques Nacionales

ECOTURISMO *La Reserva Natural de Otamendi*



Pampa verde

Atardecer en los verdes paisajes de la pampa bonaerense.

POR JULIAN VARSAVSKY

A una hora de auto o tren de la Capital Federal –a orillas del Paraná de las Palmas–, una reserva ecológica concentra diversos ambientes de lo que fue el paisaje autóctono del nordeste bonaerense antes de ser modificado por el hombre blanco. La selva ribereña, bajíos con lagunas, montes de talas sobre una barranca y pastizales pampeanos. Y, también, agradables senderos interpretativos a la sombra de los ombúes.

La reserva ecológica de Otamendi fue creada en 1990 para resguardar uno de los últimos relictos de lo que fue la pampa bonaerense, depredada casi en su totalidad por la introducción del ganado, el cultivo y las especies exóticas. La Administración de Parques Nacionales –organismo a cargo de la reserva– ha realizado en los últimos años un fino trabajo de conservación, al mismo tiempo que abrió y acondicionó el lugar para la asistencia de público en general, con fines educativos.

El último de los trabajos importantes fue la apertura de un nuevo sendero hasta la Laguna Grande que permite apreciar el valor paisajístico de la reserva (de todas formas la gracia de este viaje no está en la belleza del paisaje sino en la posibilidad de conocer la naturaleza original del campo bonaerense).

EL SENDERO DE INTERPRETACION Este es el sendero más tradicional de la reserva, flanqueado por bajos pastizales pampeanos. No bien entramos, nos topamos con una docena de cuises concentrados en su frenética actividad de roer y roer tallos que, apenas perciben nuestra presencia, desaparecen entre los pastos en lo que dura un parpadeo.

El sendero de interpretación mide un kilómetro y es una muestra del típico pastizal de la pampa ondulada, donde sobresalen grupos aislados de ombúes y talas. Al recorrerlo se oye el canto de las calandrias y el zumbido de las abejas atraídas por el perfume de las chilcas. Los carteles indican que nos aventuramos en el "reino de los pastos", donde prosperan el "pelo de chancho", los pastizales de flechillas y las erizadas matas de hunquillo. De repente se oye a nuestras espaldas el agitado aleteo de una bandada de mistos que pasan volando sobre nosotros. Casi al instante nos atrae la atención una pareja de cotorras que pasan a vuelo rasante, dirigiéndose hacia un eucalipto que resguarda su enorme nido. Al bajar la mirada descubrimos que allí donde algunos sólo ven "un montón de yuyos", se desarrolla un fervoroso microcosmos lleno de actividad, con multitudes de insectos, ranitas, culebritas y arañas que entretejen sus telas con imágenes de calidoscopio.

Ahora el sendero se abre paso entre los árboles, donde revolotean pequeñas mariposas de color negro y anaranjado, y después de vislumbrar los restos de un antiguo molino llegamos al talar (un bosque de talas, árboles que se reconocen por sus espinosas ramas en zigzag). Al ingresar al agradable bosquecillo se disfruta de una abundante sombra y un elegante césped natural al borde de una barranca. Allí los guardaparques instalaron unos rústicos bancos de troncos. Sobre los tallos y el ramaje de los talas se descubren plantas parásitas como los claveles del aire, que decoran el ambiente con los llamativos colores fucsia y

UN OMBU PARA LLEVAR A CASA

Los primeros habitantes de las orillas del río Paraná fueron los indios querandíes, que se alimentaban de la caza de ñandúes y recolectaban coquitos de pindó o frutos de tala. Con la llegada de los conquistadores se producen grandes cambios en la vida de estos pueblos y en los ecosistemas de la zona. Hasta entonces, el "pastizal pampeano" estaba cubierto por distintas especies de pastos, mientras que los únicos montes o talares se ubicaban en la antigua barranca del río. Actualmente muchas de las plantas y árboles originales del lugar han desaparecido, empobreciendo la biodiversidad y desequilibrando los ecosistemas. Como resultado de las modificaciones –la introducción de la ganadería y la agricultura, por ejemplo–, se puede afirmar que, hoy en día, sólo la reserva de Otamendi conserva poco alterada una muestra representativa de la vegetación que existió en la época de los originales habitantes. En función de ir recomponiendo el paisaje primitivo de los alrededores, se creó el "Vivero de Arboles Nativos" dentro de la reserva. De esta forma se está repoblando la zona y las plazas de los pueblos y ciudades vecinos con especies autóctonas como el lapacho, el ceibo y el ombú. Además, el visitante puede llevarse un ejemplar pequeño de un jacarandá, un lapacho rosado o cualquiera de las especies cultivadas. Los precios oscilan entre 5 y 15 pesos.

FAUNA ESQUIVA

Para llegar al Paraná de las Palmas y ver de cerca el ambiente de los bañados hay que salir de la reserva y dirigirse a la estación de tren de Otamendi. Allí nace un camino de tierra de 5,5 kilómetros que atraviesa el bañado, y con la ayuda de binoculares –y mucha suerte– se podrá avistar la fauna mayor de la reserva, tímida y esquiva por derecho propio. Entre los pastos se guarecen el ciervo de los pantanos –casi en extinción por la excesiva caza– y el gato montés melánico (totalmente negro). La avifauna, si bien es difícil de ver, puede ser descubierta por un oído entrenado y un ojo atento: junqueros, tachuríes, siete-colores, halconcitos, y el federal –de resplandeciente plumaje negro y capuchón escarlata–. Entre los anfibios no pasará inadvertida la ranita del zarzal, con su peculiar llamada como gotas de agua que caen. Los espejos de agua ofrecen una profusión de plantas flotantes –como los repollitos de agua–, y aves nadadoras como los patos, las gallaretas y los cisnes.

violeta de sus pétalos.

Al fondo del talar, casi como un ventanal entre la vegetación, alcanzamos el mirador natural, ubicado al borde de una elevada meseta. Desde allí la panorámica abarca casi la totalidad del área protegida –3000 hectáreas– que se extiende hasta el río Paraná de las Palmas. Ahora estamos frente a otro de los ambientes de la reserva: los bañados o terrenos inundables; una amplia llanura de pajonales que precede al río. Desde el mirador, el pajonal parece un mosaico de las diversas especies de hierbas de gran tamaño: juncos, totoras, espadañas y cortaderas.


Una penumbra esmeralda ilumina suavemente el bosquecillo de talas.

ENTRE LIANAS Y ENREDADERAS A la derecha del mirador, otra senda de 300 metros conduce al bañado a través de un ambiente catalogado como "bosque de la barranca". Descendemos entre la densa vegetación de la barranca por una pasarela muy angosta, apartando algunas ramas de la cara para que no nos rasguñen. Los árboles, cubiertos de plantas colgantes y algunas lianas, crecen extrañamente retorcidos, haciendo inesperados zigzags con sus troncos. Las violetas han florecido y el piso está alfombrado de tréboles, y cada tanto cruzamos sobre un tronco caído recubierto de musgo muy verde. En la pendiente crecen árboles como el sauco –de flores blancas– y la uvilla, con su coloración amarillenta alegrando el sotobosque. La comadreja overa, oculta entre las raíces superficiales de algún ombú, descansa hasta el crepúsculo para salir en busca de una presa. A través de su canto aflautado se hace presente la tacuarita azul, que recorre el follaje con acrobáticos movimientos. No tarda entonces en alcanzarnos la extraña "risa" de una pareja de horneros que han anidado sobre un tala.

Al llegar al bajo, la vegetación tupida desaparece de pronto. Estamos en los bordes del terreno inundable de los bañados que veíamos desde el mirador, pero aquí ya no se puede avanzar más. Mientras observábamos el Paraná de las Palmas trazado en el horizonte, surgió de su cueva una tortuga acuática que se instaló en medio del camino bajo los rayos oblicuos del atardecer.

El paseo ha llegado a su fin, y es momento de desandar los caminos. Al regresar al lugar de la partida, nuevamente están los cuises –con el crepúsculo aparecen todavía más– royendo y royendo, hasta que se escabullen ante nuestra cercanía. Sobre la tierra húmeda quedan marcadas en doble hilera sus pisadas de tres pezuñitas rectas, trazando sutiles caminitos hasta el pastizal. Por respeto al mundo animal, no deberíamos pisotear sus huellas.

DATOS UTILES

Cómo llegar: Por la Ruta Nacional Nº 9 se accede a la localidad de Otamendi. 9 kilómetros antes de llegar a Campana, un cartel señala hacia la derecha una salida a Otamendi. Por la calle central del poblado, luego de recorrer dos kilómetros, se llega a la entrada de la reserva, que se encuentra a 68 kilómetros al norte de Buenos Aires. También se puede llegar en tren desde la estación Retiro del Ferrocarril Mitre hasta la estación Otamendi, previo trasbordo en Villa Ballester.

Visitas guiadas: La entrada es gratuita y es recomendable ir los días sábado –el lugar está casi desierto–, ya que los domingos suele haber mucha gente. Además de visitas guiadas, se organizan excursiones para los colegios (dos pesos por alumno).

Recomendación: Llevar binoculares y abundante repelente. Los mosquitos carecen absolutamente de disimulo y compasión.

Verano en la Cordillera

POR GRACIELA CUTULI

Villa La Angostura es más que paisajes imponentes y hotelería de lujo. A pocos kilómetros de distancia de Bariloche, es un centro que lo tiene todo para el verano: lagos, montañas, paseos variados, deportes, edificios históricos y hasta curiosidades únicas en el mundo.



Un paraíso patagónico entre lagos y montañas, azules y verdes, cielo y nieve.

Villa La Angostura canjea pasado por belleza, e historia por armonía. Fue fundada hace algo más de 70 años –es decir ayer– pero tal vez por eso logró conservar una atmósfera de paraíso terrenal, entre lagos y montañas, azules y verdes, cielo y nieve, celestes y blancos que se funden en una rara transparencia. Sus construcciones, muchas de piedra y madera, le dan el toque alpino común a toda la comarca de los lagos de la Patagonia norte, desde Junín de los Andes hasta Bariloche. Más pequeña que San Martín, mucho más aún que Bariloche, más señorial que Junín de los Andes, Villa La Angostura es una suerte de Gstaad de América latina. En sus calles se muestran sus dos caras, contradictorias: un rincón del Edén para todos, pero un pedazo de tierra para pocos. La belleza del marco natural de Villa la Angostura culmina en Bahía Manzano, un paisaje perfecto que parece haber sido creado por un pintor inglés del siglo XIX y un poeta romántico alemán del siglo XVIII. Un marco natural que selecciona a quienes lo pueden disfrutar, ya que Villa La Angostura es sin duda el punto turístico más exclusivo de la Patagonia. Por eso no sufre el asedio turístico de Bariloche ni crece al ritmo sostenido que San Martín de los Andes, sus dos vecinas más cercanas, una del otro lado del lago Nahuel Huapi, la otra en el otro extremo de la Ruta de los Siete Lagos, uno de los circuitos más hermosos del mundo. Los afortunados que gozan de La Angostura todo el año son apenas 8000 habitantes: uno por cada tres turistas que visitan La Angostura en verano, atraídos por sus paisajes y sus excursiones, o en invierno para disfrutar las nieves de su centro de esquí.



COLONIA LA ANGOSTURA La Angostura debe su nombre al istmo de la península Quetrihué, evidentemente muy angosto. Su partida de nacimiento indica que está a unos 780 metros de altura y que fue fundada un 15 de mayo de 1932, en torno de la Oficina Radiotelegráfica del Correntoso instalada en lo que es hoy el puerto. El turismo, más que la telegrafía, decidió su suerte. Hoy es un centro importante para el trekking y la pesca con mosca en verano y los deportes de nieve en invierno. La excepcional geografía de la región proporciona una importante cantidad de excursiones, generalmente caminatas, pero también cabalgatas o paseos en auto, que se pueden realizar por bosques, orillas de lagos, cerros y ríos. Actividades algunas que ya realizaban los indios puelches y luego los araucanos, que vivían en las orillas del Nahuel Huapi y la isla Victoria. Durante la Campaña del Desierto, la región de lo que sería más tarde Villa La Angostura era controlada por el cacique huiliche Inacayal, con cuartel general en Tekel Malal. En 1902, una vez definidas las fronteras argentino-chilenas en esta porción de los Andes, se entregaron las tierras confiscadas a los mapuches –o araucanos– a nuevos colonos y se creó un asentamiento agrícola a orillas del lago, la Colonia Pastoril Nahuel Huapi. Uno de los primeros colonos que llegó para fortalecer la débil población de la naciente colonia fue el italiano Primo Capraro, un gran promotor del lugar. Sin embargo, el caserío tomará importancia recién con la llegada de la Oficina Radiotelegráfica en 1932, oportunidad en que se convertirá en pueblo. Dos años más tarde, se crea el Parque Nacional Nahuel Huapi, presidido por el hermano del arquitecto Bustillo, el "inventor" del estilo de construcciones alpino-patagónicas típicas de lugares como el Centro Cívico barilochense. Las primeras construcciones de la ciudad que se remontan a esa época son la capilla de la Asunción, la Escuela Nº 104, la casa del guardaparques, el museo y el castillo El Messidor. Los memoriosos de Villa La Angostura recuerdan que los primeros turistas llegaron en 1924, cuando la colonia vivía solamente de la agricultura y el turismo era apenas un proyecto para pocos, sobre todo en este rincón del mundo. Pero sería esta actividad la que daría verdadero impulso a la recién nacida ciudad en los años 30, con la creación de hoteles, casas de verano y más tarde el country club Cumelén. Luego llegaron el centro de esquí, Cerro Bayo, las carreteras pavimentadas, el aeropuerto de Bariloche, la ruta a Chile por el paso Puyehue.



El último bosque de arrayanes que existe de manera natural en el mundo.

Los principales barrios de Villa La Angostura son la Villa y el Cruce. Concentran todos los edificios de interés de la ciudad: la capilla Nuestra Señora de la Asunción (construida en 1936), el castillo El Messidor, la histórica escuela Nº 104 (que fue trasladada en 1975 a otro barrio) y la ex casa de su director (hoy el Museo Histórico Regional), la sede de Parques Nacionales, el muelle de Puerto Angostura y La Flecha, un edificio donde funcionó un negocio de ramos generales entre los años 40 y 80. Hoy el Cruce es el centro económico de Villa La Angostura, a lo largo de la Ruta 231, que bordea el Nahuel Huapi por el este hasta el paso con Chile en la cordillera, mientras que la Villa, a orillas del lago, sobre la angostura misma de la península, se transformó en un centro residencial y hotelero.

UN NOMBRE REVOLUCIONARIO La mansión El Messidor es un atajo entre Normandía y los Andes, una de las construcciones más sobresalientes de la ciudad. Es un pequeño castillo de estilo normando con techos a dos aguas, construido en 1942 a orillas del lago por el prolífico arquitecto Bustillo. Su nombre le viene del calendario revolucionario, que durante un par de años reemplazó al calendario gregoriano bajo la Revolución Francesa.

(Sigue en la página/6)



En las aguas del río Correntoso. Un excelente lugar para la pesca con mosca de truchas.

LA RUTA DE LOS SIETE LAGOS

Entre Villa La Angostura y San Martín de los Andes, la Ruta 234 es conocida en todo el país como Ruta de los Siete Lagos. Desde la salida de San Martín hasta el empalme de esta ruta con la 231, que va desde el Paso Internacional Samoré, o Puyehue, hasta Villa La Angostura (y luego la Ruta 237 y Bariloche) esta ruta encuentra en su recorrido siete lagos. El primero desde La Angostura es por supuesto el Nahuel Huapi, y en seguida después el Correntoso sobre la mano derecha. El lago Espejo se encuentra sobre la mano opuesta. El Espejo Chico da la ilusión de formar parte del mismo espejo de agua pero es un lago independiente que se puede ver luego de una curva. Luego aparecen los lagos Escondido, Villarino, Falkner Hermoso, Machonico y Meliquina. Por fin, el Lácar es el último de los lagos de este circuito, a cuyas orillas se levanta San Martín. Si contaron bien, encontraron once lagos, cuatro más de lo previsto. ¿Otra generosidad de esta tierra? En realidad, se cuentan tradicionalmente sólo los lagos principales del camino, pero no el Lácar ni el Nahuel Huapi.

DATOS UTILES

–Dirección Municipal de Turismo. Av. Siete Lagos 93, (8407) Villa La Angostura, Telfax: (02944) 49-4124
–Museo Histórico Regional: Bulevar Nahuel Huapi 2177, tel.: 0294415604582.
–En Internet: *www.laangostura.com*, *www.villalaangostura.net.ar*.

CANOPY EN EL CERRO BELVEDERE



Catorce hectáreas de bosque de coíhues, sobre una de las laderas del cerro Belvedere, en Villa La Angostura, es el escenario donde se estableció Canopy Argentina (canopy en inglés significa dosel, la parte más alta del bosque), un emprendimiento de ecoturismo y deporte aventura para disfrutar de una original experiencia en medio de la montaña. El circuito consiste en 1800 metros que se recorren "volando" por entre los árboles, sin tocar el suelo, colgado de un arnés a través del sistema de tirolesa y a un promedio de 20 kilómetros por hora. Para ello, se construyeron estructuras de madera en las copas de nueve coíhues y un ciprés, que cumplen la función de "mojones" en el trayecto. Las plataformas están unidas por cables de acero, de 80 a 300 metros de largo, según los tramos. Es un paseo donde se puede conocer el bosque como los pájaros, además de una gran carga de adrenalina y una vista panorámica del lago Correntoso, desde la estructura construida en la copa del ciprés, la más alta de circuito.

En los primeros tramos del descenso se podrá observar el bosque virgen –nunca transitado por el hombre– y las ramas altas de los coíhues. Los guías anticipan que el aire es purísimo y el silencio insondable.

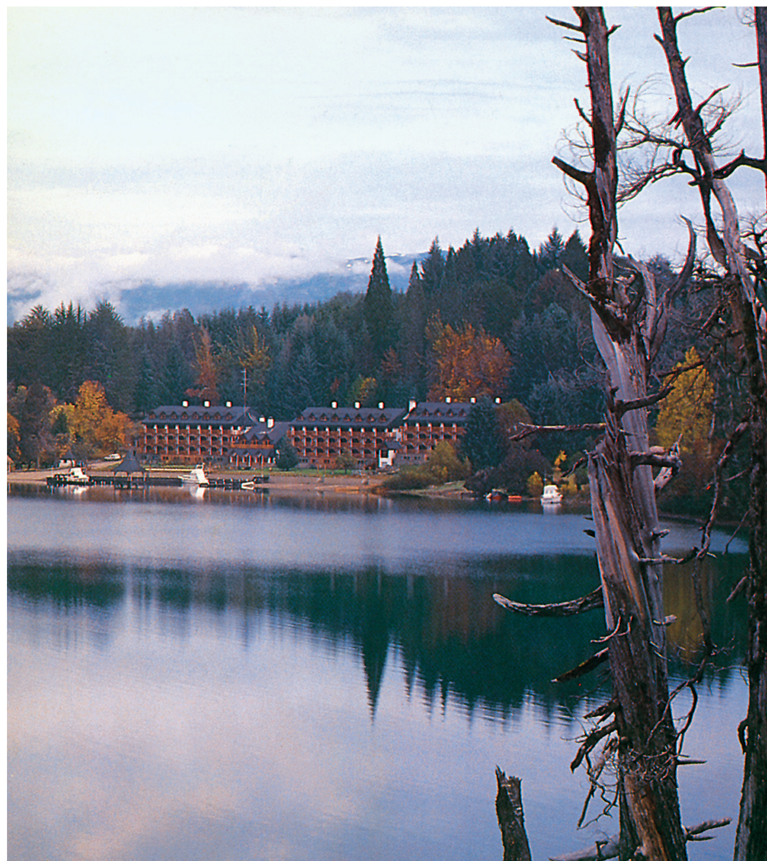
El recorrido no sólo es de aventura. En la caminata hasta la primera base, los guías brindan al turista una charla educativa sobre la flora y fauna del lugar con un claro sentido ambientalista. En cada plantaforma explican los distintos tipos de estratos vegetales del lugar que se recorre. Junto a la primera base hay una confitería donde se puede tomar un reconfortante café montañés. Y a la salida del Canopy hay una pequeña tirolesa para nenes y un servicio de cabalgata. La característica diferencial de este Canopy en relación con los originales –que empezaron a establecerse hace 10 años en las selvas de Costa Rica–, es que en La Angostura se podrá practicar también en invierno, con un paisaje nevado. O lo que es mejor: mientras esté nevando...

Los interesados pueden obtener más información en *www.canopyargentina.com.ar* o escribiendo al e-mail: *info@canopyargentina.com.ar*

(Viene de la página/5)

El Messidor era el décimo mes del año y su nombre, creado como el resto del calendario por el poeta Fabre d'Églantine, era una evocación de "mes de oro", por el color de los trigos que en Europa se cosechan en octubre. Los primeros propietarios de la mansión fueron familiares del arquitecto Bustillo, y desde 1964 es propiedad de la provincia del Neuquén y residencia del gobierno provincial. Sus dos plantas ofrecen hermosas vistas al lago, así como la terraza, en medio de un cuidado jardín.

Otra de las postales más conocidas de Villa La Angostura es Puerto Manzano, quizá el sitio más hermoso de una comarca pródiga en bellezas. No está realmente en la ciudad, sino al borde de la Ruta 231, a algunos kilómetros de distancia. El sitio fue colonizado junto con el resto de la región a fines del siglo pasado, y en 1920 existía un negocio de ramos generales creado por una familia suiza.



Bahía Manzano: un punto culminante de la belleza natural de La Angostura.

EL BOSQUE UNICO Frente a Puerto Manzano se ve la costa de la península, del otro lado de este brazo del Nahuel Huapi. La península Quetrihué es un sitio de relevancia única en el mundo, y está protegida por un parque nacional insertado en el Parque Nacional Nahuel Huapi: su objetivo es proteger el último bosque de arrayanes que existe de manera natural en el mundo. El bosque está a unos 12 kilómetros de Villa La Angostura, desde donde se puede acceder a pie por un camino que atraviesa la península (en mapuche "Quetrihué" quiere decir justamente "lugar de arrayanes") en toda su longitud. Sin embargo, la mayoría de las personas que visitan el bosque lo hacen desde Bariloche, gracias a una excursión lacustre que sale desde Puerto Pañuelo, sobre la costa de la península Llao-Llao. Además de ser un lugar único en el mundo, este bosque es una de las postales más difundidas y hermosas de la Argentina. La corteza color canela de los troncos densamente repartidos está manchada por matices más claros y forma un mosaico de colores ocres, marrones y blancos, bajo la sombra del denso follaje. En total son 12 hectáreas de bosque, en cuyo centro se encuentra una cabañita de madera elegida por todos los contingentes turísticos para inmortalizar su excursión al lugar. El arrayán crece a orillas de los lagos y ríos de la Patagonia andina, y algunos ejemplares de los que aquí se encuentran ya tienen varios siglos de vida. Según una de las leyendas del lugar, Walt Disney estuvo en el bosque durante una visita a la Argentina y se inspiró en él para ambientar y dibujar los decorados de su película *Bambi*. La leyenda, que circula con cada chico que vuelve a ver la mítica historia del ciervito, ya forma parte de las tradiciones del bosque. A la hora de visitarlo hay que recordar algo importante: esta zona sólo puede recorrerse siguiendo un circuito previamente trazado, un sendero entablonado que limita el paso, ya que la libre circulación entre los árboles está prohibida por ser un área intangible permanente. El sendero permite así una mayor protección del bosque y la aparición de nuevos ejemplares de arrayanes.

EXCURSIONES A LO ANCHO Cerro Bayo es otro de los atractivos mayores de Villa La Angostura, uno de los centros de deportes de invierno más completos del país. Desde hace algunos años se está abriendo también al turismo de verano y propone actividades de turismo aventura: todo, a un poco más de 1000 metros de altura. Las agencias locales organizan salidas de trekking por las faldas del cerro, mountain-bike y deportes aéreos como aladelta y parapente.

Cerca de Villa La Angostura se encuentra una verdadera curiosidad geográfica: el río Correntoso. A pesar de su nombre, que hace imaginar un torrentoso río o arroyo de montaña con rápidos, cascadas y rocas, se trata de lo que se puede considerar como el curso de agua más corto del mundo: ni más ni menos que 300 metros. Este río une los lagos Correntoso y Nahuel Huapi. Su corta extensión no impide sin embargo que los pescadores lo valoren por ser un excelente lugar para la pesca con mosca de truchas. Se lo puede ver desde el puente de la Ruta 231 (no hay muchos ríos que puedan verse desde su nacimiento hasta su desembocadura desde un mismo puente...).

En realidad la cascada no hay que buscarla bajo el nombre del Correntoso, sino el de río Bonito. En camino hasta el complejo de Cerro Bayo, en un lugar de la ruta hay que adentrarse unos cien metros en el bosque para llegar hasta un mirador donde se puede admirar la cascada del río Bonito, de 36 metros de altura. Entre bosques, agua y piedra, este lugar es otro de los rincones mágicos de la Patagonia, donde no es difícil creer en duendes o en hadas que viven en los troncos de los árboles.

En la región hay otro salto de agua, el Inacayal, sobre el arroyo Las Piedritas, al pie del cerro Inacayal. Este cerro, como los demás, se puede disfrutar junto a la vista del los lagos desde la terraza panorámica natural que forma el mirador Belvedere. Aunque se pueda llegar en auto, es uno de los trekkings que se pueden realizar desde el centro mismo de Villa La Angostura, aun para personas con poca preparación física. En toda la región hay muchos circuitos, con muy distintos grados de dificultad. En la Dirección de Turismo y las agencias de la ciudad se pueden conseguir todos los datos necesarios para realizarlas. Según el gusto y el tiempo disponible, es posible caminar a orillas de los lagos, trepar sobre las faldas de los cerros, seguir el lecho de arroyos de montaña, o simplemente caminar entre los bosques. Es una manera más de disfrutar de la ancha hermosura de Villa La Angostura.

INGLATERRA *El pueblo de Rugby*

La cuna de la pelota ovalada

A una hora de Londres, una excursión al pueblo de Rugby, donde nació y se desarrolló este rudo deporte que hoy se juega en casi todo el mundo.

POR J.V.

Desde la Edad Media, en Inglaterra siempre se jugó al fútbol con los pies, naturalmente. Pero una tarde de 1823 un pupilo de la Rugby School llamado William Webb Ellis rompió con una regla clave: en mitad de un partido tomó la pelota con las manos y se lanzó a correr endemoniadamente ante la indignación de sus rivales, quienes no dudaron en derribarlo con un certero tackle. Había nacido un deporte sin nombre, y a falta de otro mejor se lo bautizó como el pueblo: rugby.

Rugby es un típico poblado inglés con casas bajas de techo a dos aguas, rodeado de verdes campiñas. Tiene su correspondiente catedral, con un campanario que data del siglo XIV, y también numerosas casonas victorianas de ladrillos al desnudo con cúpulas cónicas. Al caminar por el centro del pueblo se descubre que en la vereda hay una serie de placas metálicas que recuerdan a los grandes jugadores de la historia del rugby. A los argentinos, el cruce de las calles Albert y Castle les depara la sorpresa de una placa de bronce con un texto que reza: “Hugo Porta. 1951-One of the great players of rugby”.

Las placas están numeradas y sirven como guía para recorrer el pueblo. Conviene empezar el circuito en el Centro de Atención al Turista –ubicado en la calle L. Sheriff Nº 4– a cuyos pies está la placa número uno. Allí se ofrece un folleto con toda la información del original circuito turístico autoguiado de tres kilómetros. A metros de la primera placa está el gran portón de madera que da entrada a la Rugby School, un edificio de estilo gótico bizarro levantado en 1810. La fachada tiene algo de iglesia y de castillo, pero se trata de uno de los colegios más tradicionales del Reino Unido, fundado en 1567. Sus instalaciones abarcan un kilómetro cuadrado, conformando un auténtico barrio antiguo con elegantes residencias para mil alumnos y una iglesia del siglo XIX. En la cancha principal del colegio –cuidada como un campo de golf– tuvo lugar el histórico acto de osadía cometido por Webb Ellis al levantar el balón del suelo.

Todos los días a las 14.30 parte desde la puerta del museo de la Rugby School un tour guiado que recorre las instalaciones del colegio. Entre las reliquias del museo se cuentan las primeras pinturas que testimonian la práctica del rugby en el colegio, ya en 1845.

PELOTAS Y REGLAS DEL JUEGO A principios del siglo XIX, un artesano del cuero llamado William Gilberts proveía zapatos y botines a la Rugby School. El humilde talabartero, quien confeccionó la primera pelota de rugby, murió sin mayor gloria, pero la marca Gilberts perduró hasta convertirse en la principal proveedora de pelotas e indumentaria para rugbiers en todo el mundo. En el sitio del taller original funciona hoy en día el Museo Gilberts, con dos salas abarrotadas de 4000 objetos de memorabilia referidos al rugby. Mientras se observan pelotas firmadas por las estrellas de los All Blacks desde 1925 en adelante, uno aprende que son ovaladas porque originalmente se confeccionaban inflando la resistente vejiga del chancho, que tiene forma oval. En las vitrinas hay expuestas varias de esas reliquias del deporte.

A partir del inesperado episodio de 1823, cuando Webb Ellis puso todo en entredicho, sobrevinieron varios años de serias controversias sobre las reglas del rugby. Un precario acuerdo vio la luz recién en 1845, cuando se publicó el primer reglamento que incluía extravagancias tales como qué hacer si la pelota quedaba atrapada entre las ramas de alguno de los tres olmos que había dentro de la cancha del colegio. Y también se establecía que si ninguno de los dos equipos conseguía el desempate en una sola jornada, se fijaba un límite de tres días para dar por finalizado el partido, lo cual indica que el rugby era un deporte de muy largo aliento.

Hasta 1850 el rugby nunca salió de los límites del colegio, pero la expansión del colonialismo inglés hizo que este deporte se desperdigara por regiones tan dispares como Africa, Oceanía, América y el resto de Europa. El ignoto Ellis, quien abandonó rápidamente el deporte para dedicarse a la pacífica vida monacal, jamás se enteró de su fama como precursor. Hoy en día, una estatua erigida en su honor frente al Museo Gilberts lo muestra corriendo orgulloso, pelota en mano, cuando ésta todavía era redonda.

La estatua de Ellis inmortaliza la histórica falta que dio origen al rugby.

La cancha principal de la Rugby School.